

*No siento el menor deseo de jugar
en un mundo en el que todos hacen trampa.*

François Mauriac

- ¡Mamá, no quiero comer éstas lentejas, tienen bichos!- gritó María, asqueada y asustada.
- ¡Cállate!- respondió su madre imperativamente, con un tono de voz que no dejaba lugar para la duda. No iba a tolerar que María alertase a sus hermanos acerca de aquellos minúsculos habitantes que flotaban en el plato.
- ¡No puedo callarme, me dan asco y nos pueden hacer daño!- insistió María agitada, a punto de llorar. Empezaba a darse cuenta de que una tempestad se divisaba en el horizonte.
- ¡He dicho que te calles o aviso a tu padre!- sentenció su madre, claramente encolerizada y dispuesta a actuar tal como había anunciado, ante la aterrorizada mirada de María y el silencio expectante de sus hermanos.

Una escena normal, en un hogar normal. Una madre que ha programado la comida familiar diaria y, una vez que está en pleno proceso de elaboración de la misma, se da cuenta de que está cocinando unas lentejas que tienen pequeños bichos. Se alarma, sus hijos están a punto de regresar de la escuela y ya no tiene tiempo ni ganas para empezar el proceso de nuevo. Decide encomendarse a la suerte, confiar en que el hambre de los niños sea para ellos más importante que observar la estética del plato de lentejas o considerar su valor nutritivo. Piensa que, al fin y al cabo, nadie en la familia parece valorar suficientemente sus esfuerzos culinarios y, por tanto, es posible que tampoco adviertan algún pequeño defecto en una de las múltiples comidas cotidianas.

Pero María es curiosa, expresiva, activa... ¡Todo un reto para su madre, cuando esa niña de 9 años no representa más que el 25% de sus hijos y, sin embargo, es capaz de alborotar al otro 75% con sus comentarios! Afortunadamente, la madre cuenta con la ayuda del padre de las criaturas, que ejecuta con prontitud los castigos que ella propone para sus hijos cuando "se portan mal", lo cual es para ella un alivio. Una zapatilla utilizada a tiempo o un bofetón del padre parecen ser los medios más eficaces para obligar a María a callar inmediatamente o a recluirse a llorar en solitario dentro de su propio dormitorio.

Esa misma madre, que se considera buena educadora, reconocida en su entorno porque sus hijos son "muy educados", se sorprende un día cuando recibe una nota de la profesora de María, donde le comunica que es conveniente que acuda a la escuela para hablar acerca del rendimiento académico de la niña.

- Su hija es muy buena estudiante, cumple las normas con esmero, es correcta en el trato con sus profesores y compañeros, sus exámenes escritos son perfectos, pero no es capaz de responder normalmente a las preguntas que se le formulan en el contexto de la clase porque su voz es inaudible y hasta parece temblar, cuando me consta que conoce la respuesta a las preguntas mejor que la mayoría de los niños de la clase- explicó la profesora.
- No lo comprendo, pues María es una niña muy activa y expresiva en casa, incluso demasiado habladora- comenzó a decir la atribulada madre.
- Tal vez necesite la ayuda de un profesional de la Psicología- se atrevió a sugerir la profesora, observando que aquella madre de familia no estaba dispuesta a admitir que algo no estaba funcionando bien en su casa.
- ¿Tan grave es, no está usted exagerando?- la madre de María empezaba a sentir malestar.
- De momento, no puedo decirle que sea de extrema gravedad, pero sí mirando al futuro, pues pienso que su hija no va a ser capaz de soportar la presión psicológica en aquellas actividades donde tenga que comunicarse verbalmente en un grupo y eso debemos corregirlo ahora, antes de que María se sienta ridícula por lo que le sucede y hasta es posible tenga que abandonar sus estudios- concluyó la profesora.

La madre de María estaba perpleja. No podía entender qué le sucedía a su hija y tampoco a su profesora. "¿Cómo se atreve esa profesora a condenar a mi hija al abandono de los estudios, para qué creará que pagamos el colegio si no es para que le enseñen?", pensaba.

Lo que realmente no podía asimilar la madre de María es que ella misma, con su actitud, estaba invitando frecuentemente a su hija para que callase sus opiniones por miedo a los reproches de su madre, algo que la niña podía asumir en casa –aún arriesgándose a recibir un castigo de aquellos a los que ya empezaba a estar acostumbrada- porque, además, sus hermanos no parecían concederle importancia al asunto. Pero en el colegio era distinto, intuía que sentiría una vergüenza insoportable al constatar que sus compañeros y profesores podían reírse públicamente de ella si se expresaba espontáneamente. Tampoco la madre entendía que María pudiera sentirse dolida cuando ella le decía que era la más revoltosa de sus hermanos, ya que luego manifestaba ante familiares y amigos que la niña era muy lista...

La dedicada madre de María no tenía tiempo para darse cuenta de que, involuntariamente, estaba convirtiendo a una brillante alumna potencial en una mujer fóbica, insegura y depresiva. Tampoco nadie le había explicado que no debía sentirse culpable por ello, pero sí estar dispuesta a escuchar las sugerencias de profesionales imparciales y con experiencia en facilitar el desarrollo psicofísico de sus hijos.